

DISCURSO DE CONTESTACIÓN A DON JUAN RAMÓN ZARAGOZA RUBIRA

Por ROGELIO REYES CANO

Excmos. Sres. Presidentes de las Reales Academias de Sevilla.
Excmos. e Ilmos. Sras. y Sres Académicos,
Señoras y señores:

A finales de los años cincuenta, cuando yo estudiaba en Sevilla los Comunes de la Facultad de Filosofía y Letras, compartía habitación en una modesta casa de huéspedes con un alumno de Medicina algo mayor que yo con el que hablaba con cierta frecuencia sobre las diferencias y afinidades entre dos carreras aparentemente tan dispares. Y en su ánimo de ponderar las semejanzas de fondo entre una y otra, le oí citar por primera vez aquella famosa frase del doctor José de Letamendi que al parecer figuraba en lugar preferente en la vieja Facultad del Hospital de las Cinco Llagas: “Del médico que no sabe más que medicina, estad seguro de que ni medicina sabe”. Con ella aquel amable compañero de estudios me estaba mostrando el lado más humano de la práctica médica, su nota de universalidad y por consiguiente los rasgos que la identificaban con la carrera que yo había elegido. Como es natural, yo era entonces -y lo sigo siendo hoy- absolutamente lego en el campo de la historia de la Medicina, y de Letamendi no conocía más que el retrato, sospecho que un poco extremado y algo injusto, que Pío Baroja había hecho de él en las páginas de *El árbol de la ciencia*, novela publicada en 1911 y en la que el escritor se sirve de sus recuer-

dos de juventud, cuando a finales del siglo XIX estudiaba en Madrid la carrera de médico, que llegó a terminar pero que apenas llegaría a ejercer, persuadido como estaba de su falta de vocación y sobre todo de su profundo escepticismo sobre las posibilidades de un ejercicio eficiente de la misma. En ese libro Letamendi aparecía, en efecto, como un catedrático con fama de sabio, pero en verdad- nos dice Baroja- no pasaba de ser un personaje retórico e ingenioso, con talento verbal pero desprovisto de auténticos méritos científicos.

Ignoro, y no es el caso de entrar ahora en esa cuestión, si el novelista vasco llevaba o no razón al formular tan duro diagnóstico intelectual sobre Letamendi. Pero confieso que nunca he olvidado aquel famoso dicho suyo sobre la variedad de saberes que son- o por lo menos lo eran entonces-, si no exigibles, sí al menos deseables para un profesional de la Medicina. Y que hoy, en el ámbito de una práctica clínica fuertemente tecnificada, tantas veces alejada de referencias humanísticas, esa afirmación adquiere, aunque sea por omisión, una rigurosa actualidad. Y sobre todo la entiendo absolutamente pertinente para definir el perfil humano y profesional del académico que hoy recibimos en Buenas Letras, el doctor Don Juan Ramón Zaragoza Rubira, médico eminente y reconocido humanista, hombre de ciencia y hombre de letras, fino lector- como nos acaba de demostrar en el tema de su discurso de ingreso- y escritor él mismo, dueño de una pluma ágil y amena que se ha hecho patente en el garbo literario con que ha sabido redactarlo. Al ingresar en esta Real Academia Sevillana de Buenas Letras, Zaragoza se inserta en una ya muy larga tradición de médicos humanistas que han pasado por esta Casa desde los años mismos de su fundación, entre los que se encuentran- por citar sólo a los más cercanos a nosotros- Francisco Blázquez Bores, Juan Delgado Roig, Gabriel Sánchez de la Cuesta, Antonio González Meneeses, Sebastián García Díaz, José Romero Escassi y Antonio Hermosilla Molina.

De siempre ha sido la Medicina una profesión cercana a las Humanidades, es decir, a las que desde los tiempos medievales se definían como las “artes liberales”, los “saberes del hombre libre”, aquellos que, más allá de su especificidad técnica y

científica, y superando el lado puramente mecánico de su función, encaraban los hondos enigmas de la persona, su sentido más esencial, situándose en el noble dominio del espíritu y del entendimiento humano. De ahí la fuerte conexión de la Medicina con la Filosofía, con el Arte y con la creación literaria. Y de ahí también que, siendo la Real Academia de Medicina el sitio natural de los profesionales de la ciencia médica, la de Buenas Letras haya querido contar siempre entre sus numerarios con algún representante cualificado de esa dimensión más humana y espiritual que la Medicina tiene, en reconocimiento a las hondas afinidades entre el mundo de las letras y el mundo de la curación, dos parcelas que coinciden también en ser otras tantas expresiones “artísticas” en el sentido etimológico de la palabra “arte”, es decir, no tanto como creación o “inventio” sino como dominio de un “oficio” y aplicación de una técnica: el “arte” de escribir - o sea: de dominar las “litteras”- y el “arte” de curar, es decir, de aplicar la adecuada terapia a cada enfermedad. Ni la Literatura ni la Medicina, por muy tecnificada que ésta última pueda estar, llegarán a ser nunca “ciencias” en sentido estricto, es decir, saberes susceptibles de establecer leyes universales, porque si es rigurosamente cierto que “no hay enfermedades sino enfermos”, también es verdad que no hay leyes literarias, patrones y géneros rigurosamente idénticos sino creaciones individuales e irrepetibles, por muy atenuadas que éstas se hallen a las normas de las preceptivas. La conocida afirmación del ilustrado francés Buffon (“El estilo es el hombre mismo”), interpretada desde nuestra mentalidad actual, podría servirnos para explicar lo que de singular e irrepetible hay en cualquier texto literario, texto que analógicamente podríamos comparar con ese particular “enfermo”, único y distintivo, con el que, más allá de las normas escritas de la “literatura” médica, siempre ha de vérselas a la postre el profesional del “arte” de curar.

Y es esta afinidad entre Humanidades y Medicina la que mejor define, como antes he dicho, el perfil de nuestro nuevo académico, cuya amplitud y variedad de méritos sólo puedo citar con extrema brevedad en un acto como el de hoy, sujeto a grandes limitaciones de tiempo. Nacido en Valencia, en cuya universidad cursó la carrera, su vida profesional está estrechamente li-

gada a Sevilla, en cuya Facultad de Medicina obtuvo muy pronto la cátedra de Terapéutica Física, actualmente de Radiología y Medicina Física. Ha desempeñado, entre otros, los cargos de Decano de la Facultad, Decano-Comisario de la de Córdoba, Delegado del Ministerio de Sanidad en Sevilla y Presidente de la Sociedad Española de Medicina Estética. Y en la actualidad, además de miembro de número de la Real Academia de Medicina de Sevilla, es Correspondiente de las de Valencia y Asturias y miembro de la Sociedad Española de Médicos Escritores y Artistas y de varias sociedades científicas.

Su obra publicística es también extensa y variada, y dejando ahora a un lado sus trabajos y libros de su especialidad estrictamente profesional, es decir, los de Radiología y Medicina, se ofrece en varios dominios que tienen mucho que ver con el mundo de las letras. Así en el campo de la divulgación médica, con títulos como *Tabaco y salud*, o *Una vida larga y sana*. Y en el de la historia de la Medicina, con obras como *La Medicina en la España Protohistórica*, *Medicina y Sociedad en la España Romana*, *La Medicina del alma*, o sus colaboraciones con los profesores Laín Entralgo y López Piñero en obras más generales. Atención especial merecen sus estudios sobre la Medicina sevillana, la asistencia hospitalaria, la Veneranda Tertulia Hispalense, y un largo etcétera de artículos sobre esos temas históricos.

Pero la mayor vinculación con los fines de esta Real Academia Sevillana de Buenas Letras se encuentra, naturalmente, en títulos tales como “Envenenamiento, literatura y ópera”, “Gregorio Marañón, historiador”, “Enfermedad del alma, medicina del alma (De Aristóteles al cristianismo)”, “Lope de Vega y *Los locos de Valencia*”, y otros muchos. Y he dejado para el final la nota literaria más acusada del profesor Zaragoza: su misma condición de escritor, que, como todo el mundo sabe, le hizo merecedor, con su obra *Concerto grosso*, del premio Nadal del año 1980, el más prestigioso premio de novela de España. No descubro, pues, nada nuevo al subrayar la pertinencia de su ingreso en esta Academia, que, al invitarlo a formar parte de su nómina de numerarios, le reconoce con toda cordialidad esa valiosa faceta de humanista.

Fiel a esa condición, ha centrado su discurso de ingreso en la interpretación de un texto literario – *El doctor inverosímil*

– desde la óptica de un profesional de la Medicina, definiéndolo como “uno de los casos más extraordinarios de avance, de predicción, que puede mostrarnos la literatura española”. Con este juicio ha venido a subrayar una de las más interesantes funciones de la creación literaria y del arte en general : su función anticipadora, su capacidad para “descubrir” intuitivamente lo que quizá más tarde pueda ser formulado por el conocimiento científico. Ya Platón, en su idea del artista como “descubridor”, del hombre poseído por el furor divino, había sentado las bases del concepto romántico del “poeta vidente”, es decir, de la capacidad cognoscitiva y desveladora del arte. Ello explica, por ejemplo, por qué algunos de los grandes conflictos de la personalidad descritos por la moderna Psiquiatría habían sido ya anticipados por los viejos mitos de la Antigüedad , en los personajes de Prometeo, Edipo, Medea... y en tantos otros. Y por qué en la idea bíblica del paraíso perdido o en la noción clásica de una Edad de oro existente en el origen de los tiempos subyace toda una interpretación del hombre y del mundo, analizadas después por la Antropología del siglo XX. Mitos literarios que, cristalizados en formas textuales, ofrecen una sabiduría ancestral transmitida a través de las sucesivas generaciones en claves metafóricas y simbólicas. Y lo mismo podríamos decir de la mitología literaria de tiempos más modernos, desde La Celestina, Hamlet, Don Juan o Don Quijote hasta Madame Bovary o los personajes de la novela de Dostoyeski. Fueron, por ejemplo, los escritores del Romanticismo quienes, mucho antes que Freud, formularon en clave figurada la idea del sueño como una verdadera forma de conocimiento y como un “estado” experiencial dotado de profundo significado. Sirva como muestra la rima LXXV de Gustavo Adolfo Bécquer, en la que el gran poeta sevillano, deslumbrado por la riqueza de sus propias experiencias oníricas, confunde el sueño y la vigilia, colocando a los dos en un mismo plano de realidad:

“¿Será verdad que cuando toca el sueño
con sus dedos de rosa nuestros ojos,
de la cárcel que habita huye el espíritu
en vuelo presuroso?

¿Será verdad que, huésped de las nieblas,
de la brisa nocturna al tenue soplo,
alado sube a la región vacía
a encontrarse con otros?

¿Y allí desnudo de la humana forma,
allí los lazos terrenales rotos,
breves horas habita de la idea
el mundo silencioso?

¿Y ríe y llora y aborrece y ama
y guarda un rastro del dolor y el gozo,
semejante al que deja cuando cruza
el cielo un meteoro?

Yo no sé si ese mundo de visiones
vive fuera o va dentro de nosotros:
pero sé que conozco a muchas gentes
a quienes no conozco.”

Podría aportar otros muchos ejemplos que siguieran ilustrando esa capacidad anticipadora y cognoscitiva de la literatura, tantas veces aprovechada por los científicos para iluminar otros dominios del saber. Por no salirnos de la Medicina, recordemos cómo Marañón asienta su particular interpretación del seductor en la lectura del *Burlador* de Tirso y del *Don Juan* de Zorrilla. Y cómo los psiquiatras de nuestro tiempo han detectado en el llamado “teatro del absurdo” no pocos síntomas de algunas enfermedades mentales. Pero basten las muestras ya citadas para subrayar con brevedad la finalidad con que ahora las saco a colación : resaltar el gran interés del análisis que el nuevo académico ha hecho de la novela de Ramón Gómez de la Serna. Una novela singularísima y yo diría que un autor más singular aún, casi tan singular en este caso como su propio personaje el doctor Vivar. Gómez de la Serna fue uno de los varios “ramones” importantes de la cultura literaria española del siglo XX, al lado de Menéndez Pidal, de Valle-Inclán o de Pérez de Ayala. Un Ramón que, junto a su homónimo gallego, tuvo la habilidad – des-

pués demostrada también por Cela y por Umbral- de inventarse su propia máscara literaria, es decir, de confundir deliberadamente literatura y biografía.

¿Dónde termina, pues, la vida y dónde empieza la literatura de Ramón Gómez de la Serna? ¿Qué hay de sustancia literaria en sus disparatadas extravagancias e histrionismos y qué de trasfondo autobiográfico en un personaje tan paradójico como el doctor Vivar? Si Valle Inclán contaba una y otra vez en las tertulias madrileñas mil ingeniosas maneras, todas falsas y a cual más extravagante, de cómo había perdido su brazo izquierdo, nuestro Ramón daba conferencias en el circo Price a lomos de elefante o participaba en pintorescos concursos de cacareo como un modo de llamar la atención sobre su disidencia estética. O, en el colmo de su facilidad para inventar “greguerías” – verdaderos esguinces metafóricos de inesperadas conclusiones, de las que escribió muchas miles- era capaz de decir, como hace en *El Doctor inverosímil*, que “los dentistas sacan a veces la muela de la vida, la que taponan, la que después deja un vacío horrible en la encía del que le ha tocado la vez, descorchado para siempre”. O que “los guantes quieren andar, tocar por sí solos, y son manos cercenadas que quieren y no pueden”. Y ya que estamos en el dominio de la Medicina, al que Ramón dedicó cientos de ellas, ¿qué decir, por ejemplo, de aquella otra, ingeniosísima, en la que define a la morcilla como “una transfusión de sangre con cebolla”. Y de otras muchas tan originales como éstas :

“La transfusión es como llenar la estilográfica”

“La radiografía nos descubre el corsé interior”

“Los húsares van vestidos de radiografía”

“Los vegetarianos no admiten sino transfusiones de sangre de remolacha”

“Lo peor de los médicos es que le miran a uno como si uno no fuera uno mismo”.

“Al que se ha hecho una radiografía le ha penetrado una mirada de Juicio Final”

“La medicina ofrece curar dentro de cien años a los que se están muriendo ahora mismo”.

“Una receta es un salvoconducto que nos da el médico para que el boticario se ría”.

“La frase que se escucha con más sabrosa esperanza es ésta que algún paciente escucha al doctor: — Vamos a ver si podemos no operar”.

“Cuando el doctor escribe la receta nos mira una última vez para ver si pone una medicina de las caras o de las baratas”.

En esa misma línea satírica leemos que uno de los pacientes del Doctor Vivar estaba “enfermo de suicidio” y otro – médico él mismo - estaba “enfermo de medicina”.

No pueden sorprendernos estos audaces y siempre inesperados perspectivimos con que el autor madrileño contempla el mundo que le rodea. Gómez de la Serna era lo que podríamos llamar un escritor “puro”, un ser dotado de un talento verbal, una inventiva y un ingenio lingüístico fuera de lo común, sólo comparable en su tiempo con la creatividad de Valle Inclán, y en el pasado con la de Don Francisco de Quevedo. Nacido en 1888 y muerto en Buenos Aires en 1963, fue, con su desenfado social y su divertida furia iconoclasta, el verdadero iniciador del vanguardismo literario en España y el mejor exponente de lo que entonces se llamaba el “arte nuevo”, despreocupado en apariencia de mensajes y doctrinas pero tras el que latía, en el caso particular de Ramón, una visión del mundo pesimista y negativa que se deslizaba hacia el sentimiento del absurdo, tan cultivado después por Jardiel Poncela, Miguel Mihura y otros autores españoles que tanto deben a su obra. Su modo de hacer literatura, basado en la extravagancia, en el disparate humorístico, en la fragmentación de la realidad, en la incoherencia, en el alogicismo y en la inventiva verbal, fue su manera particular de reflejar en términos puramente estéticos – sin ningún mensaje expreso- el sinsentido y el absurdo del mundo que contemplaban sus ojos, aunque en el caso de *El doctor inverosímil* la opción de Gómez de la Serna por un tema médico haya que verla también bajo algunas claves autobiográficas. Él, que se reía de la conocida hipocondría de Juan Ramón Jiménez cuando por su temor a una muerte repentina le pedía desde Moguer que le buscara en Madrid una vivienda que estuviese cerca de una Casa de Socorro, vivía también

obsesionado por la enfermedad y por la muerte, desconfiado de los médicos y con una acusada tendencia al autodiagnóstico y la automedicación. Obsesión reflejada en otras novelas suyas con títulos tan curiosos como *El gran griposo*, *Llegó el hígado* o *La hiperestésica*, y en uno de sus más importantes escritos autobiográficos sintomáticamente titulado *Automoribundia*.

Sólo desde estos presupuestos estéticos y desde ese talante personal puede entenderse una novela como *El doctor inverosímil*, un libro fragmentario, caleidoscópico, sin apenas hilo argumental, que nada tenía que ver con la novela burguesa al uso, a la que Ramón definía despectivamente como “novela matrimonial”. Un libro que, una vez leída la brevísima introducción en la que se presenta al protagonista- ese extravagante y paradójico doctor Vivar, abogado de casos imposibles- , podríamos abrir al azar y seguir leyendo por cualquier parte, pues no se trata en verdad más que de un repertorio de episodios o “casos clínicos”, hasta un total de 92, a cual más disparatado e “inverosímil”, que pueden leerse como unidades independientes. Pero una cosa es, como sabemos, la verosimilitud real y otra muy distinta la verosimilitud estética, capaz de convertir en razonable un discurso aparentemente sin sentido gracias al poder transformador de la palabra literaria. Al arte no hay que pedirle fidelidad a la verdad sino fidelidad a “su” verdad, por muy inverosímil que ésta pueda parecer. Como decía Max Estrella en *Luces de Bohemia* al definir el esperpento, “la deformación deja de serlo cuando está sujeta a una matemática perfecta”. Pues bien, varios años antes que Valle Inclán publicase su primer esperpento, ya nuestro Ramón había aplicado la fórmula en obras como la que ahora nos ocupa. Por eso, una vez sometidos todos sus personajes- comenzando por el doctor Vivar- a un ingenioso proceso de desrealización y de búsqueda deshumanización – es decir, reducidos con carácter sistemático a pura sustancia literaria - la novela se nos ofrece en verdad – tal como nos ha explicado muy bien Ramón Zaragoza- como un valioso monumento a la lucidez intelectual, a la función anticipativa del arte literario y a la crítica social en clave de humor. Todo ello sin abdicar de su fidelidad a lo que la literatura tiene de arte autónomo, a su particular ámbito de creación, sin concesiones a ningún discurso ideológico o moral ajeno. El mismo au-

tor lo subrayó así al escribir en Buenos Aires el prólogo a la edición de 1941, 27 años después de la primera :

“ Toda la obra -dice- fue hecha en ese estado de sonambulismo y de precursión que satisfacen al artista cuando aparece algo que trae sorpresa, originalidad, conciencia pura de invención”.

Y, convencido de ese papel de precursor, añadió además lo siguiente :

“No se conocía aún en España [en 1914] – fuera de algunos especialistas de la psiquiatría que leían el alemán- el nombre y la doctrina de Freud, y la alergia y sus derivaciones eran mucho más desconocidas, pues hasta muchos años después no aparece en España el primer especialista de ese novísimo camino de la ciencia.

Al releer ahora en pruebas esta nueva edición de mi libro, lo que me ha hecho verdadero efecto es pensar que en 1914 tuviese el atrevimiento de mis psicoanálisis, cuando no los escudaba ni los había precedido prueba de autoridad ninguna, pues hasta el final de la guerra [se refiere, naturalmente, a la del 14-18] no aparece en España el primer especialista de ese novísimo camino de la ciencia.”

Semejante juicio refleja la sorpresa del propio autor ante sus mismos hallazgos , que no respondían a una conciencia racional y mucho menos a un conocimiento científico de los temas sino a la pura intuición literaria. Pero además de esas anticipaciones técnicas- detectadas con tanto tino profesional y expuestas con tanta amenidad por nuestro nuevo académico- hay en esta novela una ingeniosa crítica – igualmente precursora – del lado más mecánico y deshumanizado de la Medicina moderna. De ahí que, para contrarrestar ese mecanicismo, la terapia “inverosímil” del doctor Vivar se apoye siempre en su ojo clínico y en la observación psicológica y social del enfermo. O que prescindiera de la literatura médica al uso para recurrir a los remedios más inesperados. O que ridiculice con gran sentido del humor a sus colegas más convencionales, como en el episodio titulado “ El sabio doctor en medicina”, “el caso – dice- más interesante y complica-

do de los que he resuelto”, y al que diagnostica en estos términos con sólo ver su consulta :

“Era el doctor –dice- de amplias vitrinas, donde brillaban todos los objetos de acero, muchos más de lo que necesitan todas las operaciones, algunos para casos que no han sucedido nunca en la vida, casos como los de esas operaciones consecutivas que aún podría sufrir el muerto en la muerte si en el otro mundo hubiese cirujanos.

Todos los objetos, relucientes, punzantes, agudos, atenzadores, daban un aspecto de gran peluquería y navajería al despacho.

Entre todos se destacaban unos enormes fórceps como unas grandes tenazas para el servicio de la ensalada. En su empaque, en su modo de hablar, en su ranciedad vi enseguida su mal, y se lo confesé.

- Usted está enfermo de medicina.”

No es éste, por fortuna- y con esto termino- el caso de Juan Ramón Zaragoza, que no enfermará nunca de “medicina” precisamente porque la variedad de sus saberes, su humanismo y su talante de escritor lo inmunizan con creces contra tan disparatado “mal”, dicho sea , naturalmente, entre comillas y en clave de humor, como en el diagnóstico del doctor Vivar. Y la prueba más palpable de esa inmunidad nos la ha dado en este original análisis que acaba de hacernos de tan interesante novela. Un análisis que aúna ciencia médica y habilidad literaria, sabiduría profesional y soltura expresiva. Sea, pues, bienvenido a esta Real Academia Sevillana de Buenas Letras, que, fiel a su tradición de doscientos cincuenta años, se ve honrada una vez más con la presencia entre sus numerarios de un gran profesional de la Medicina, un gran docente y un gran humanista.

He dicho